

## EL CIRUELO QUE TENÍA FORMA DE DRAGÓN

En el año 1716 de la Era Kyoho, hace ciento noventa y un años, vivía en Momoyama Fushimi, un viejo jardinero, Hambei, muy querido y respetado por su naturaleza amable y su gran honestidad. A pesar de ser pobre, Hambei había ahorrado el suficiente dinero como para arreglárselas bien, y además había heredado de su padre una casa con jardín. Por consiguiente, era feliz. Su pasatiempo favorito era cuidar del jardín, en especial de un extraordinario y hermoso ciruelo con una forma conocida en Japón como *furyo*, que significa «dragón tumbado». Tales árboles poseen un gran valor y son muy apreciados para decorar los jardines. Uno puede encontrar magníficos ejemplares de este hermoso árbol tanto en las montañas como en las islas más salvajes y siempre son respetados, aunque bien es cierto que en los grandes núcleos comerciales los árboles están más indefensos. Pero, por lo general, los japoneses sienten veneración hacia estos árboles de formas extraordinarias, ya sean pinos o ciruelos.

Hambei amaba de tal manera ese árbol que nadie podría obligarlo a separarse de él. Tan notoriamente bellos eran los tonos y las sinuosas curvas de su viejo y atrofiado árbol que le habían ofrecido enormes sumas de dinero por él. Hambei no solo lo amaba por su belleza, sino porque había pertenecido a su padre y a su abuelo. Ahora que tanto él como su esposa habían llegado ya a la vejez y sus hijos se habían independizado, era su fiel compañero. En el

otoño lo atendía limpiándolo de hojas secas y muertas. Le apenaba y sentía compasión de su desnudez bajo el frío de noviembre y diciembre; pero en enero se alegraba de ver los brotes que florecerían en febrero. Cuando el árbol florecía, Hambei tenía la costumbre de dejar entrar a ciertas horas a la gente a visitar y admirar el árbol, y a escuchar asimismo viejos relatos históricos, y también de amor, relacionados con los ciruelos, que abundan en el imaginario japonés. Cuando la temporada llegaba a su fin de nuevo, Hambei podaba y ataba el árbol. En la estación cálida, se entretenía descansando y fumando en pipa bajo las ramas, y a menudo era recompensado por su celo con dos o tres docenas de deliciosas ciruelas, que él valoraba y amaba casi como a sus propios hijos.

Así, año tras año, el árbol había llegado a ser tan buen compañero que no lo entregaría ni por el rescate de un rey. ¡Pero ay!, Hambei no estaba solo en el mundo, por lo que tarde o temprano alguien codiciaría su propiedad. Y así sucedió que un alto oficial de la corte imperial había oído hablar del *furyo* de Hambei y lo deseaba para su propio jardín. Este *dainagon*<sup>86</sup> envió a su lacayo, Kotaro Naruse, a visitar al anciano jardinero y preguntarle cuánto pedía por el árbol. Ni por un momento dudó de que este podría negarse a deshacerse de su propiedad en cuanto le ofreciese una suma importante.

Kotaro Naruse llegó a Momoyama Fushimi y fue recibido con la debida ceremonia. Después de beber una taza de té, anunció que había sido enviado para inspeccionar y hacer los arreglos necesarios para llevar el árbol *furyo* a la residencia del *dainagon*. Hambei estaba perplejo. ¿Qué tipo de excusa le daría a tan alto personaje para rechazar su requerimiento? Balbuceó entonces una torpe y un tanto estúpida observación, de la que el astuto enviado pronto tomó ventaja.

—De ninguna manera vendería el venerable árbol, ya he rechazado muchas ofertas antes —dijo Hambei.

<sup>86</sup> Gran consejero; señores de tercer rango en el sistema gubernamental del Japón feudal. (*N. del T.*)

—Yo no he mencionado que fuera a comprar el árbol por dinero —le respondió Kotaro—. He dicho que he venido a realizar los arreglos necesarios para que pueda ser transportado cuidadosamente al palacio del *dainagon*, donde será recibido con un gran ceremonial y cuidado de forma exquisita. Será como llevar una esposa al palacio del *dainagon*. ¡Y cuánto honor para el ciruelo, unirse en matrimonio con alguien de tan ilustre linaje! ¡Deberías sentirte orgulloso de una unión así para tu árbol! ¡Déjate aconsejar por mí y accede a los deseos del *dainagon*!

¿Qué podía decir Hambei a esto? ¡Una persona de tan baja cuna, al que un galante samurái le pide acceder a los deseos del *dainagon*!

—Señor —le respondió—, vuestra solicitud en nombre del *dainagon* ha sido tan cortésmente realizada que me resultaría imposible rechazarla. Sin embargo, debo hacerlo. Decidle al *dainagon* que el árbol es un regalo y por eso me es imposible venderlo.

Kotaro estaba muy contento del éxito de su estratagema, y sacando de entre sus ropajes una bolsa, dijo:

—Por favor, ya que es costumbre realizar un regalo, acepte este pequeño obsequio como agradecimiento.

Para gran asombro del jardinero, la bolsa contenía oro. Se la devolvió a Kotaro, diciendo que le era imposible aceptar el regalo, pero presionado de nuevo por el pico de oro del samurái, tuvo que retractarse. En cuanto Kotaro se fue, Hambei se sintió profundamente arrepentido. Era como si hubiera vendido su propia carne, como si hubiera vendido a su propia hija al *dainagon*.

Esa noche no pudo dormir. Hacia la medianoche, su esposa entró en su habitación y, tirándole de las mangas, le gritó:

—¡Tú, maldito viejo! ¡Canalla vil! ¡Hacer eso a tu edad! ¿De dónde has sacado a esa muchacha? ¡No me mientas, te he pillado! ¡Ahora veo en tus ojos que estás a punto de pegarme! Eso te haría sentir mejor. ¡No me sorprendería que buscaras vengarte de esta manera! ¡Debes de sentirte un viejo loco!

Hambei creyó que su esposa, finalmente, había perdido por completo el juicio. Él no había visto a ninguna joven.

—¿Qué pasa contigo, *obaa-san*<sup>87</sup>? —le preguntó—. No me he visto con ninguna joven. No sé de qué estás hablando.

—¡No me mientas! ¡La he visto! ¡La he visto cuando bajé a por un vaso de agua!

—¿Que la has visto? ¿A quién? ¡Creo que te has vuelto loca, tanto hablar de ver muchachas!

—¡La he visto! La he visto llorando al otro lado de la puerta. Y era muy bella, viejo pecador, solo tenía dieciséis o diecisiete años.

Hambei salió de la cama para ver por sí mismo si su esposa había dicho la verdad o si se había vuelto completamente loca. Al llegar a la puerta, escuchó un sollozo y, al abrirla, se encontró con una bella joven.

—¿Quién eres y por qué estás aquí? —preguntó Hambei.

—Soy el espíritu del ciruelo, al que durante tantos años has atendido y amado, al igual que tu padre antes que tú. He oído, y siento un gran dolor debido a ello, que se ha hecho un trato por el cual debo ser transplantada en los jardines del *dainagon*. Dicen que es una suerte pertenecer a tan noble familia y que es un honor ser llevada allí. Pero yo no estoy de acuerdo, me duele que me saquen de este lugar en el que he vivido toda mi vida y que me alejen de ti, que has atendido todas mis necesidades. ¿No podrías permitir que me quedara un poco más, tanto como me queda de vida? ¡Te lo ruego, hazme ese favor!

—He prometido entregarte el sábado al *dainagon* en Kioto, pero no puedo rechazar tu ruego, ya que adoro tenerte conmigo. Sosiega tu espíritu. Veré qué puedo hacer —dijo Hambei.

El espíritu secó sus lágrimas, sonrió a Hambei y desapareció como si se esfumara en el tronco del árbol. La esposa de Hambei se quedó pasmada al verlo, aunque no podía asegurar que no se tratara de un truco de su marido.

Finalmente, llegó el sábado fatal en el que el árbol iba a ser arrancado, y Kotaro apareció con muchos hombres y un carro.

<sup>87</sup> Vieja.

Hambei le contó todo lo sucedido, le habló del espíritu del árbol y de cómo le había implorado.

—Aquí tenéis el dinero, cogedlo, por favor —dijo el anciano—. Contadle la historia al *dainagon* tal y como yo os la he contado. Seguro que sabrá comprenderlo.

Kotaro se enfadó muchísimo, y dijo:

—¿A qué viene este cambio de opinión? ¿Acaso has bebido demasiado sake, o es que me tomas por idiota? Ten cuidado, te lo advierto, o de lo contrario te cortaré la cabeza. Incluso en el caso de que sea verdad y el espíritu del árbol se te haya presentado bajo la forma de una joven, ¿tengo que creerme que te haya dicho que le apenaría dejar tu miserable jardín en lugar de ocupar un lugar de honor al lado del *dainagon*? Eres un loco, y un loco ofensivo además. ¿Cómo te atreves a devolver el regalo del *dainagon*? ¿Cómo se supone que debo explicarle tamaño insulto? ¿Y qué pensaría de mí entonces? Como no mantengas tu palabra, tomaré el árbol por la fuerza, o te mataré en su lugar.

Kotaro estaba muy enojado. Le propinó tal patada a Hambei que este cayó al suelo. Y, sacando su espada, se disponía ya a cortarle la cabeza al anciano, cuando repentinamente sopló una ráfaga de aire con el fragante aroma a flores de ciruelo, y allí, de pie ante Kotaro, ¡apareció el espíritu del cerezo!

—Apártate de mi camino o saldrás herida —gritó Kotaro.

—No, no lo haré. Es mejor que me mates a mí, al espíritu que ha causado tantos problemas, en lugar de a este pobre hombre inocente —dijo el espíritu.

—Yo no creo en los espíritus de los árboles —dijo Kotaro—. Que eres un espíritu es evidente, pero únicamente eres el espíritu de un viejo zorro. Así que cumpliré tu deseo, y te mataré primero.

Tan pronto como dijo esto, realizó un corte con su espada y sintió la inconfundible sensación de cortar un cuerpo. La muchacha desapareció, y allí solo cayeron una rama del ciruelo y una lluvia de flores. Kotaro comprendió que el jardinero había dicho la verdad y le ofreció las disculpas que le debía.

CUENTOS TRADICIONALES DE JAPÓN

—Le llevaré la rama al *dainagon* —dijo—. Y espero que crea mi historia.

Así fue como la vida de Hambei fue salvada por el espíritu del árbol.

El *dainagon* escuchó la historia, y se sintió tan conmovido que le envió al jardinero un mensaje diciéndole que podía guardar el árbol y el dinero como una muestra de arrepentimiento por los problemas que le había causado.

Pero desgraciadamente, tras el cruel corte de Kotaro y a pesar de los cuidados de Hambei, el árbol se marchitó y murió pronto. El tronco seco fue adorado durante muchos años.